

PREGON

SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO

2002



PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2002

Manuel García Pérez

© Junta Local de Semana Santa

© del texto, su autor

Portada: La Desnudez (detalle)

Vicente Tena, año 1910.

Iglesia de Santa Cruz - Museo de Semana Santa

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.

Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 211.-2002

PROCLAMA:

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María, señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas y Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de Cofradías Penitenciales han acordado ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad, que hoy, 23 de Marzo de 2002, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santo Domingo y a las 8,30 horas de la tarde para que ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores redentores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Ilustrísimo Señor Don MANUEL GARCÍA PÉREZ, Doctor en Medicina y Escritor.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, Don ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del segundo año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Item más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu y pedimos oraciones para que Su Santidad JUAN PABLO II, Vicario de Cristo en la Tierra, siga pastoreando con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia vigésimo séptimo del Reinado de JUAN CARLOS I.

PRESENTACION

Con licencia del Rvdo. Señor Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, don Gabriel Pellitero Fernández.

Excmo. Sr. Delegado del Gobierno. Illre. Sr. Alcalde de la Ciudad de los Almirantes de Castilla, Consejeros del Común, Autoridades, Presidentes, Mayordomos y hermanos de los distintos Gremios, Cofradías y Hermandades de Penitencia y Pasión. Señoras y señores. Amigos todos.

Después de haber escuchado el ronco sonido del Pardal, el lúgubre redoble de los tapetanes y, atenta y respetuosamente, las singulares y tristes notas musicales de «La Lágrima», con el Acto del Pregón comenzamos la andadura de la Semana Santa, tan profundamente enraizada, sentida e intensamente vivida en nuestra Ciudad, y nos preparamos para las distintas celebraciones y actos religiosos que han de tener lugar en esas fechas.

La torre de Santa María, cual salvador faro de náufragos y navegantes, nos ha servido de guía para reencontrarnos nuevamente en torno a nuestra Semana Mayor y, desde el profundo sentimiento religioso y de tradición popular, volver a recordar y conmemorar la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Para que pronuncie el Pregón, pieza magistral que debe ser escuchada no solamente con el oído sino con el sentimiento de lo que nos es próximo y muy querido, contamos con la estimada presencia del Ilmo. Sr. Don MANUEL GARCÍA PÉREZ, doctor en Medicina por la Universidad de Valladolid, escritor, investigador y, como le gusta recordar, cofrade de la Hermandad de «La Soledad» desde hace «más de cincuenta años».

Don Manolo es una persona a la que resulta muy fácil presentar, pues es suficientemente conocido y recordado por nuestros conciudadanos, en especial por aquellos matrimonios a los que, con sus conocimientos y buen hacer profesional, ha ayudado a que su familia se viera incrementada con el nacimiento de un hijo.

Nacido en Villabrágima, desde muy joven su vida ha discurrido en paralelo con el de nuestra Ciudad, bien como estudiante de bachillerato, bien como aficionado y jugador de fútbol en su etapa de juventud o, años

más tarde, como médico de familia o médico rural, como se les denominaba entonces. En el aspecto literario ha escrito y publicado distintos trabajos sobre medicina y de investigación histórica, estos últimos centrados en la participación de Castilla y los castellanos en la conquista y colonización del Nuevo Mundo, haciendo especial hincapié en el estudio de aquellos personajes nacidos, o con ascendencia, en Villabrágima y pueblos de su entorno.

Es por ello y en reconocimiento a su destacada e importante dedicación hacia nuestros conciudadanos, lo que hizo que la Comisión Permanente de la Junta, previa aprobación en Asamblea General de las Cofradías y Hermandades, le designase Pregonero de la Semana Santa riosecana del año 2002, encargo que asumió gustosamente con muestras de agradecimiento y cariño hacia Medina de Rioseco y sus gentes.

Don Manolo, en nombre de la Ciudad y en el de la Junta de Cofradías y Hermandades que me honro en presidir, le doy públicas gracias por la deferencia mostrada al aceptar el encargo de pregonar nuestra Semana Santa, y le agradezco su presencia entre nosotros.

Los riosecanos y quienes han tenido la gentileza de acompañarnos en este Acto, con el silencio y respeto debido, nos preparamos para escuchar su prosa que, con seguridad y sabiamente, enriquecerá nuestros conocimientos y fortalecerá el espíritu.

Don Manolo, ocupe esta cátedra que gustosamente le cedo en el uso de la palabra. Muchas gracias.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa

PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 2002

A mis padres

I

*Vara Mayor. Reverendo Señor Cura Párroco de Santa María y Santiago.
Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades.
Insignias y Mayordomos de las Cofradías Penitenciales en Corporación.
Queridos amigos.*

La responsabilidad de esta grata tarea de pronunciar el pregón de Semana Santa de Medina de Rioseco es un honor inmerecido que, por la emoción que me produce es posible que atenace mi garganta.

Emoción de quien sabe que, sin haber nacido en Medina de Rioseco, siente que esta ciudad no le es extraña, que esta tierra es el apoyo de sus raíces. Las piedras y muros de esta noble ciudad encierran en sí mismos una fuerza invisible capaz de convertir en riosecano a quien se deja embargar por ella.

Emoción de quien, sin más mérito que pertenecer a la Hermandad de la Virgen de la Soledad, que graciosamente preside este acto, ha sido invitado por la Junta de Cofradías de Semana Santa para ocupar esta tribuna y pronunciar el pregón del año 2002.

Me siento doblemente responsabilizado por suceder en esta misión a poetas, escritores, historiadores, preladados y tantas personalidades de reconocido prestigio, lo que, ante mis menguados méritos y falta de experiencia en estas lides literarias, califica de osadía la aceptación. Espero que el amor con que me invitáis, al que yo correspondo, sepa disimular con un velo de benignidad mis deficiencias.

Me acojo a la protección amorosa de la Virgen de la Soledad y bajo su benigno manto me ocuparé de esta difícil tarea en la idea de que el Pregón sea una expresión de los sentimientos religiosos de este humilde cofrade que, durante tantos años, y en los difíciles momentos de la vida, ha logrado su protección y auxilio.

A pesar de las dificultades, sabiendo dónde estoy y a qué he venido, me encuentro feliz porque el día de hoy enriquece mi vida.

Hoy vengo a Medina de Rioseco; a este antiguo templo de San Pedro Mártir, como en los mejores tiempos de mi infancia. Cuando era niño, venir a Medina de Rioseco revestía los tintes de una aventura fascinante. Para mí Rioseco era el punto de referencia, era la ciudad y aquí comenzaba el mundo.

De aquel Rioseco de mi infancia recuerdo sobre todo, una torre que aun a larga distancia dominaba sobre el imponente caserío de la ciudad de la que era su punto y guía. Una torre esbelta, señora, antigua, con todo el peso de la historia escrito en sus ya gastadas piedras «la torre de santa María de Mediavilla». A la luz de mis ojos de niño, atónitos por el espectáculo, veía esas monumentales iglesias y los acogedores y vetustos soporales donde concurría la vida comercial de la ciudad.

Han pasado los años. Aquí viví un tiempo con vosotros ejerciendo ese noble oficio de médico de familia. Felices años para mí en los que ejercí una medicina tradicional, teniendo como norma de actuación los principios éticos que preconizara el maestro Gregorio Marañón: «El médico si puede, cura, a veces alivia, pero siempre consuela». Y «Allá donde no llega el saber, puede llegar el amor». Aquí formé una familia y aquí nacieron mis hijos.

Hoy vuelvo a Rioseco en el umbral de la senectud con el corazón estremecido de emociones, las de entonces y las de ahora, para recordaros esta cita obligada y recurrente: ¡la Semana Santa riosecana! Fiesta saludable, fiesta de encuentro entre religión y arte, porque es fuente de fe, de profunda religiosidad contenida en cada tradición, en cada gesto, en el más mínimo detalle que aquí tiene un contenido profundamente creyente y se expresa transida de emoción, en el silencio reverente, en el esfuerzo del que cargando los pasos carga sobre sí el dolor del mundo que llevó al Crucificado a lo más alto del Gólgota.

Vengo cargado de emociones y en mí se agolpan, en una extraña mezcla silencios y palabras, timidez y expansión gozosa de la esperanza. Me gustaría callar ante un misterio tan elocuente como la Semana Santa riosecana, cargada de siglos, de memoria viva, de fe reciamente arraigada. Dejar que hable el amor que vosotros mismos tenéis, porque siempre la palabra, que desde la abundancia del corazón llega a la boca, es la que mejor se expresa, y sin embargo, tengo que levantar la voz en la soledad del que, atraída la atención, se queda solo en medio de la plaza.

Y es que el Pregón de la Semana Santa es siempre anunciar en voz alta, con la emoción de las grandes ocasiones, la intensidad, la hondura del amor de *Dios* que llega dándose hasta las fronteras mismas de la muerte y del *hombre*; que responde acogiendo con el corazón lleno de emociones y silencio lo que le sobrepasa, y deja que salga al exterior lo que ya no puede contener.

En esencia nuestro Pregón de Semana Santa versa sobre la figura de un Hombre que nació hace más de dos mil años. Era hijo de un humilde carpintero. Nació en un pequeño pueblo y vivió en otro hasta que cumplió los treinta años. Escogió discípulos, predicó el evangelio, hizo el bien cuanto pudo y realizó milagros. La opinión pública viró contra Él y sus amigos le dieron la espalda. Al morir sortearon la que era su única propiedad, ¡su túnica!, poco antes de ser enterrado en un sepulcro, y... ¡Resucitó al tercer día!

El Pregón fundamental del Nuevo Testamento consiste en anunciar que Cristo vive, que el Jesús que vieron muerto ha resucitado y ahora está vivo para siempre.

Este es el Pregón fundamental, la verdad que a lo largo de los siglos venimos celebrando y representando con los actos sacros y desfiles procesionales en esta Semana Mayor.

II

Por mis estudios médicos y profesar la fe cristiana, desde siempre he tenido interés en profundizar en el conocimiento de los hechos acaecidos en la Pasión y Muerte del Redentor vistos desde el punto de vista médico teniendo en cuenta el contenido de una «historia clínica», realizada a partir de textos históricos, de estudios arqueológicos y de investigaciones efectuadas sobre la Síndone o Sábana Santa de Turín, y tomando como base lo relatado en el Evangelio de San Juan, que presencié lo ocurrido («quien lo ha visto da testimonio y su testimonio es verdadero», 19,15), los hechos sucedieron así:

Después de la entrada en Jerusalén y de la institución de la Eucaristía, en la última cena, Jesús, que sabe próxima su última hora, se dirige con los suyos al huerto de los olivos. Allí, los que le acompañan quedan profundamente dormidos. Él, lleno de angustia, oraba, y según refiere San Lucas «*sudó gruesas gotas de sangre*».

¿Es posible este fenómeno? ¡Sí! La sudoración profusa y simple es una manifestación típica ante situaciones de terror, miedo, estrés en general. Más difícil es la explicación de la sangre. La «hemohidrosis», o sudor de sangre, puede acontecer ante las mismas circunstancias anteriores llevadas a sus extremos.

Todo esto debió sentirlo Jesús, que sabía que iba a morir y, sobre todo, la cruel muerte que le esperaba. Surge así una intensa dilatación de los capilares que, llevada al máximo, puede ocasionar su ruptura y la hemorragia.

Consumada la traición de Judas, Jesús es prendido y llevado ante Anás y después ante Caifás, donde debió recibir los primeros bofetones y salivazos; bien en ese momento o después le arrancaron mechones de barba y le golpearon con una vara debajo de la cuenca del ojo derecho, en la mejilla izquierda y en el labio inferior. Un hombre, fuerte y zurdo, de un puñetazo le fracturó la nariz.

Está amaneciendo un viernes de abril. El día en el que se va iniciar el proceso más clamoroso e injusto de la historia.

Jesús es llevado ante Poncio Pilato, el procurador y máxima autoridad romana. Pilato no presta atención a Jesús. No quiere complicaciones con los judíos, ¿soy yo judío acaso? exclama, y ordena lo lleven a Herodes.

Herodes Antipas se negó a juzgarle declarándole loco.

Vuelve Jesús ante un Pilato irritado, inseguro, indeciso, que no quiere dictar sentencia de muerte y, como recurso, le manda flagelar. Jesús es desvestido. Le atan las manos a una columna, quedando encorvado. Dos «*lictors*», verdugos, escoltas de los magistrados, le azotan desde atrás con el «*flagrum*» o flagelo. El instrumento utilizado constaba de un man-

go del que partía una doble correa a cuyos extremos pendían trozos de hueso o plomo para desgarrar profundamente la carne.

La ley judía prohibía aplicar más de 40 latigazos. Jesús recibió al menos 60 azotes repartidos por hombros, espalda o región lumbar, muslos y piernas.

El flagrum, o flagelo, era tan brutal que podía producir por sí mismo la muerte por el dolor, shock neurógeno, por la hemorragia, anemia aguda, o por lesiones internas.

Los verdugos, temiendo su muerte, cesan en el castigo. Le ponen un manto rojo; lo sientan y lo colocan una caña entre sus manos.

Alguien trenza una corona de espinas; no a la manera de la corona circular del arte cristiano, sino formando un casco que cubre toda la cabeza y se asegura bajo el mentón mediante juncos. Uno de los presentes la hunde, clavándola de un golpe en el cuero cabelludo. Esta región, muy vascularizada, produce un «scalp» y comienza a sangrar profusamente.

Si nos atenemos a la interpretación de imágenes en la Sábana Santa, se aprecia sangre procedente de 13 orificios. De algunos salieron pocas gotas, de otros más abundante, llegando a ensuciar el pelo. En otros puntos, la sangre, había formado verdadero chorro.

Imaginemos por un momento cuál es el aspecto de Cristo: el rostro cubierto de sangre y hematomas; colgajos de piel se desprenden de la superficie corporal. La nariz rota, los labios hinchados. La pérdida de sangre y el sudor le han dejado en un estado vertiginoso por el que los verdugos aparecían borrosos ante sus ojos, casi cerrados por los golpes.

Ni aun así la turba queda satisfecha. Poncio Pilato, tras un intento de canje por Barrabás, se lava las manos y dicta sentencia: ¡muerte en cruz! El «*servile supplicium*» reservado a los esclavos y a los culpables de delitos gravísimos. *¡ibis in crucem!* – ibis= iras a la cruz. No te llevarán ¡IRAS TÚ!

Tendrás que llevar «el patíbulo» por la ciudad y después lo clavaréis en la Cruz.

Esta sentencia entregaba al condenado en manos de los verdugos, de los sayones o carnílices. Desde ese momento la persona no tenía ningún derecho, le arrancan toda la ropa y sólo le dejan un trapo encima, exponiendo el resto del cuerpo a los latigazos.

Después sus brazos fueron abiertos y atados a ese madero llamado «*patibulum*» que iba a constituir el brazo horizontal de la cruz.

Jesús, ligado por una soga del tobillo derecho a dos ladrones, inicia su marcha hacia el Calvario. El recorrido del crucificado hasta el lugar de la ejecución se alargaba para que tuviera un efecto más aterrador. Desde el palacio donde residía Pilato debía pasar por el arco «*bab el nadir*» (vía dolorosa) y bajar la pendiente hasta el valle y el arroyo «*tyropeon*» hundido entre dos cuñas. Era un terreno muy irregular y, por la debilidad, cayó

tres veces. Los soldados, temiendo que no llegara vivo, obligan a Simón de Cyrene a cargar con el «palo».

No les importaba a los romanos que Jesús muriera en el recorrido, pues la ley romana consideraba legalmente ejecutada la sentencia cuando el condenado moría «*in cruce*», en la cruz, pero también cuando moría en el camino.

Lo que los testigos oculares vieron era patético: las mujeres, María su madre, María la de Cleofás y María Magdalena, llorando por los bordes del camino y ese campesino, Simón de Cyrene, que fue obligado por la escolta a ayudarlo para que pudiera llegar vivo y de rodillas hasta lo alto de la pequeña colina pedregosa donde tuvo lugar la dramática ejecución.

Jesús, aún teniendo un cuerpo vigoroso de 1,80 m de altura y 80 kg de peso, llegó a lo alto del Gólgota muy debilitado por el esfuerzo, la pérdida de sangre y la deshidratación. Apenas se mantiene erguido. Es despojado de su túnica y los siniestros sayones, carnílices, le clavan al *patibulum*, el madero horizontal con los brazos bien extendidos (*in cruce membra distendere*) entrando los clavos a nivel de las muñecas en el llamado espacio de «Desdot».

Después articulan la cruz, el brazo horizontal al vertical o «*stypes*» y a este madero clavan los pies entre el 2.º y 3.º metatarsiano (espacio de Lisfranc) con el mismo clavo; el pie izquierdo sobre el derecho. Y levantan la cruz.

¡Queda ondeando en lo alto del Calvario la imagen del mástil y la vela desplegada!

¡El cuerpo clavado en la Cruz, suspendido de los brazos, cuelga del madero!

En esta posición de crucificado, Cristo sufre la sensación permanente de ahogo; el aire penetra en los pulmones pero apenas sale; se inicia la asfixia.

La sangre se acumula en la mitad inferior del cuerpo y se remansa en los órganos viscerales. La tensión arterial cae.

El oxígeno tampoco llega a los músculos, que sufren contracciones espasmódicas y tetánicas. Jesús se eleva sobre los pies, pero al final vuelve a caer. Poco a poco, extenuado, cesa en sus movimientos.

Está a punto de expirar. Son cerca de las tres de la tarde. Y, finalmente, le viene la muerte por «paro cardíaco».

Para evitar esas incorporaciones salvadoras que ayudaban a respirar y prolongaban la agonía, a los crucificados les quebraban las piernas. Con Jesús no hubo necesidad ya que su fallecimiento fue más rápido y el lanzazo fue la verificación legal del mismo. Dice San Juan textualmente: «vinieron los soldados, rompieron las piernas al primero y al otro que estaban con Él, pero llegando a Jesús, como ya estaba muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados llamado Longinos, «el lancero», le atravesó con su lanza el costado y salió sangre y agua».

III

La Semana Santa de Medina de Rioseco hunde sus raíces en los siglos XV y XVI, como casi todas las Semanas Santas de Castilla.

Medina de Rioseco, la *Forum Egorrorum*, o plaza de los mercados; *Campi Gothorum*, o ciudad de los campos góticos, se transforma en *Medina* –ciudad– bajo la dominación árabe.

Avanzada la reconquista e instalada la dinastía de los Trastámara en la corona de Castilla, los Almirantes, los Enríquez, sus parientes, toman posesión de la ciudad y con su poder y prestigio forman el extenso señorío de Medina de Rioseco.

La anexión del condado de Módice, que aporta como bien patrimonial Doña Ana de Cabrera, hace de Medina de Rioseco la capital de un estado dentro del incipiente imperio español.

Los privilegios reales de mercados y alcabalas la convierten en un zoco comercial. Toda la ciudad es un floreciente comercio que celebra mercados semanales y ferias anuales que incrementan su riqueza hasta convertirla en una ciudad de más de doce mil habitantes, mil de ellos –dicen– millonarios, recibiendo el sobrenombre de «*India Chica*».

La llegada de los franciscanos, ubicados al principio en el monasterio de Ntra. Sra. de la Esperanza de Valdescopezo y después en San Francisco, ejercen una labor evangelizadora. Los franciscanos nos impregnan del nuevo sentido de la cristiandad europea, preconizan una religiosidad sencilla, emotiva, humana, sin complicaciones teológicas, que había de ser captada por la fe.

Al florecimiento del comercio y los más variados trabajos artesanales sucede la agrupación de más de cincuenta oficios en las pujantes asociaciones gremiales.

En el aspecto religioso, los gremios pronto cristalizan en archicofradías y cofradías penitenciales de las que en Rioseco existieron tres.

La cofradía de la Vera Cruz, unida a la orden franciscana.

Cofradía penitencial de La Pasión, con sede en la iglesia de Santa Cruz.

Y la cofradía penitencial de la Soledad y de la Quinta Angustia, en la capilla del Sto. Cristo de la iglesia parroquial de Santa María de Mediavilla.

Cada cofradía o hermandad tenía sus normas de vida con derechos y obligaciones; el auxilio mutuo de los hermanos era uno de los fines y objetivos primordiales, así como una amplia finalidad social.

Hasta cuatro hospitales con función asistencial de enfermos y menesterosos existían en Medina de Rioseco en los siglos XVI y XVII dependientes de las cofradías penitenciales.

El de mayor importancia, el hospital de la Condesa, del *Sancti Spiritu* y Santa Ana, situado en la Plaza Mayor frente al cadalso o picota, regentado por los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios. Era un verdadero hospital general.

Dependiente de la cofradía de la Vera Cruz y en la calle de la Doctrina, el hospital de Convalecientes para enfermos sin «calentura».

A la sombra de la iglesia de Santa María, y próximo a la capilla de los pasos grandes, el hospital de la Soledad y de la Quinta Angustia. Hospital de los buenos hombres del trabajo.

Finalmente, fuera del recinto murado, al otro lado del puente, en el camino real, el Lazareto o leprosería de San Lázaro.

En el aspecto religioso, las cofradías comienzan las celebraciones cristianas con motivo y razón de generar una función didáctica y catequética realizando representaciones populares y puestas en escena que versan sobre lo que oyen en los sermones y que constituyen los Autos de Pasión.

Más tarde, la iglesia se queda pequeña para fieles y cofrades que quieren compartir y participar doliéndose de la pasión y muerte en cruz de ese angustiado Joven, que también fue trabajador, y de su Madre solitaria y dolorosa.

En principio les basta con una cruz de palo o una imagen de cartón y tela encolada para acompañarles por las calles con antorchas y velones, iluminando la negrura de la noche y cantando viejos romances y letrillas sacras.

El galaico Gregorio Fernández instala su taller de escultura en Valladolid y se convierte en el auténtico imaginero de los pasos grandes, al que el pueblo comprende enseguida por qué sus tipos y los atuendos y vestidos de sus tipos estaban arrancados de sus entrañas.

Surgen más escultores e imagineros, Juan de Juni, los Sierra, Muniátegui, Tudanca, etc. Las Cofradías riosecanas se aprestan a encargarse de tallas y pasos para sus desfiles procesionales que representan a los protagonistas y los momentos más culminantes de la Pasión y Muerte de Jesús. Las cofradías, ilusionadas, deciden «andar todos los pasos» y las procesiones se llenan de fieles expectantes e hileras de penitentes, disciplinantes y hermanos de luz.

Las divergencias surgidas entre las cofradías se superan con la firma de una «concordia» que reglamenta: las procesiones de Semana Santa, las de los Días de Gloria, los entierros de los hermanos y de los miembros de la casa Enríquez, etc., etc.

El arte, la fe, tradición y belleza se unen para entrar dentro del alma y provocar una respuesta que es oración hecha asombro, estremecimiento, emoción, incluso llanto, que mueven a una forma de vida más convertida, más próxima a Dios.

Se comprende esta realidad profunda porque se ve y se siente en la proximidad de la procesión: las túnicas, la llama de las velas, la música, el paso lento y solemne como para ir meditando lentamente, dejando tiempo a que aquel misterio desgarrador entre hasta los tuétanos del alma y nos conmueva. El misterio del Amor, la Semana Santa, se hacía representación visible y audible de este Amor que, en la Cruz, llega a la plenitud, pero que es un amor más antiguo que el mundo.



IV

La Semana Santa de Medina de Rioseco, después de casi cinco siglos de existencia, ha ido creciendo con el tiempo gracias a la eficaz dirección de la Junta de cofradías que, con una vitalidad pujante, ha renovado la belleza exterior y revitalizado la tradición; ha fomentado no sólo la atracción turística, sino el reclamo de la fe incluso para aquellos que, distantes de las prácticas religiosas sólo se maravillan del valor artístico de nuestros pasos y nuestras imágenes.

La Semana Santa riosecana mantiene un prestigio reconocido con el título honorífico de Semana Santa de interés turístico nacional y es, sin duda, la que mejor expresa la manera castellana de sentirla.

Hay en estos días en Rioseco un olor especial, un calor especial que son el olor y el calor de una Semana Santa incomparable y aunque todo en la ciudad parece igual, es distinto; tanto que, hasta la indiferencia de la que algunos alardean, se convierte en un gesto involuntario de temblor; en una emoción, que sería difícil no confundir con un estado de ánimo, dentro del que alienta una piedad que necesita renacer.

Por las calles en procesión, al toque suelto, agudo del «pardal» y al redoble, destemplado y patético, del «tapetán», se reconstruyen los acontecimientos culminantes de la Pasión; los mismos hechos que hemos valorado, con su terrible crueldad, desde el punto de vista médico.

Todo va a estar ahí, como entonces, como hace más de dos mil años, en este despuntar de la primavera, fría en el campo y cálida en el corazón.

Se preparan los pasos, las varas, las insignias, las medallas y tiene lugar este esplendoroso acto que sirve de pórtico a la Semana Santa.

De domingo a domingo una semana de corazón, de alma, un camino estremecido de emociones hacia la Pascua.

Así, el Domingo de Ramos, en la mañana, en la iglesia de Santiago se reúnen las cofradías y hermandades penitenciales, con gran número de fieles riosecanos en uno de los actos más entrañables de la Semana con la celebración de la Santa Misa o Eucaristía. Más tarde se inicia la procesión de «las palmas» y la entrada triunfal del Señor en Jerusalén, en la que participan las secciones infantiles de las cofradías con el paso de «la borriquilla».

El Miércoles Santo, solemne Vía Crucis procesional desde esta iglesia de Santo Domingo de los Padres Claretianos portando la imagen del Santo Cristo del Amparo, en medio de silencios y cánticos religiosos, hasta la iglesia de Santa María.

Jueves y Viernes Santo se celebran los grandes desfiles procesionales de la Semana Santa riosecana: Jueves: pregón y procesión del Mandato y Viernes: pregón de las Siete Palabras y procesión de la Sagrada Pasión del Redentor.

La ciudad de Medina de Rioseco ofrece a cofradías y hermandades para los desfiles procesionales un marco incomparable. Rioseco tiene un casco histórico amorosamente conservado en el que parece haberse detenido el tiempo. De tal forma que, una vez presenciado su paso –pasan los «pasos»–, no se da «esquinazo» a la procesión, sino que se la sigue con unción por calles angostas, rincones y plazas recoletas de gran sabor y tradición.

Cada punto, cada parada, cada «poso» encierra una belleza singular digna de ser contemplada. Nadie renuncia a observar lugares y situaciones de las que solo en Rioseco se puede disfrutar.

La salida de la procesión del Mandato en el atrio de Santiago.

La subida por la calle Mediana, que obliga a los hermanos, bajo el peso de las andas, a un «jadeo» constante con el sonoro martilleo de las horquillas sobre el pavimento.

El paso por la calle de los Huesos (antiguo cementerio) y el reagrupamiento en la plaza de San Miguel.

El momento de mayor plasticidad y belleza es el tránsito por la Rúa. Esta calle, eje de la ciudad, con soportales a ambos lados sostenidos por columnas diferentes, dobladas por la vejez. El cuerpo superior de las casas es saledizo, soportado por canecillos salientes que la hacen más angosta aún en el piso superior y permiten una contemplación más cercana desde las balconadas y hasta el contacto directo y amoroso con las imágenes procesionales.

Su paso por el atrio de Santa Cruz, iglesia monumental recién reestrenada en un laborioso destejer y tejer de su fachada piedra a piedra.

La Plaza Mayor, con San Francisco (en restauración) al fondo. El histórico arco de Ajújar en el que se añade, como homenaje a la Virgen de la Cruz, la filigrana reverente de la genuflexión o «rodillada».

Las estrechas calles de San Buenaventura, Román Martín y Doctrina, cargadas de historia gremial, nos trasladan a los siglos XVI y XVII.

A mayor gloria, nuestros imagineros, con la fe y el pulso delicadamente apasionado de sus sentimientos y sus gubias, tallaron amorosamente nuestras imágenes y pasos procesionales como seres de carne y alma. Esas imágenes de madera, que recorren la ciudad, se nos antojan vivas, sus pisadas, las oímos; su respiración entrecortada, la escuchamos; y sus movimientos, pese a su estatismo, les percibimos. Sus ropajes, quietos, se agitan ante el asombro y la brisa de la anochecida, ante la brisa asombrada de nuestros sentires sobrecogidos.

Así tallaron Cristos cuya mirada vemos especialmente fija en cada uno de nosotros. Mirada en la que el dolor se hace perdón; mientras su fatiga se preocupa por ayudarnos a soportar el peso de nuestros cansancios y su comprensión abraza, sin resentimiento, nuestras incomprensiones.

Cristos camino del Calvario: Nazarenos de Santiago y Santa Cruz.

Cristos preparados para la crucifixión: la Desnudez.

Cristos en los que la agonía es más agonía: Cristo de la Pasión.

Cristos en los que la muerte es más muerte: Cristos del Amparo y Afligidos.

Cristos con los brazos abiertos para acogernos: Cristo de la Paz.

Son Cristos con sus cuerpos escarnecidos y agotados, con sus anatomías crispadas por la agonía o la muerte.

Y también tallaron Vírgenes como:

La Piedad: imagen del dolor ante el Hijo muerto en su regazo.

La Dolorosa: que, necesitando misericordia, vuelve a nosotros sus ojos misericordiosos.

La Soledad: diría yo, orfandad, que siente una madre cuando un hijo se le muere, cuando a un hijo se le matan.

—Son bellas mujeres dolientes en la madurez de sus vidas—.

Donde la emoción y el sentimiento alcanzan su máxima expresión en los actos procesionales de Semana Santa, es en la salida y entrada de los llamados «pasos grandes»: la Crucifixión o Longinos y el Descendimiento o Escalera, que se encuentran en la capilla (hoy museo) de la Quinta Angustia.

En sus inmediaciones, en el corro de Santa María, el Viernes Santo, a la caída de la tarde, se agolpa una multitud de fieles expectantes que ocupan todo el espacio disponible y las balconadas. En el interior de la capilla, los 40 cofrades designados para llevar los dos pasos, después de recibir las instrucciones del «cadena», se disponen a ocupar sus puestos en el orden establecido. Recogen sus túnicas y, en un acto de piedad, elevan una plegaria al cielo en recuerdo de los hermanos fallecidos.

Es el momento de la verdad, del gran esfuerzo, de la concentración para, siguiendo los compases del himno de la Semana Mayor, la marcha fúnebre del general O'Donnell, «La lágrima», ir centrando y descendiendo con lentitud el «Paso» hasta que permita su salida al exterior de la capilla.

Ya en la plaza, la limpia ejecución de los tiempos es premiada con aplausos por cofrades y fieles presentes como si de un acto lúdico se tratara.

Es un principio inamovible en la Semana Santa riosecana llevar los «pasos», grandes o pequeños, a hombros de los cofrades. Los pasos serán izados y transportados en la sobriedad de unas andas para que, quienes les llevan, sientan en sus carnes el voluntario sacrificio y transmitan el pulso de sus movimientos a las esculturas, estremeciendo y llenando de un realismo mayor, su palpitar o su quietud, tal como ocurriera cuando los imagineros les tallaron.

Recuerdo aún las sensaciones percibidas llevando el paso de la Soledad en mis años jóvenes. Junto a los cofrades –hermanos de paso– amigos de entonces, muchos de ellos ya fallecidos, sintiendo un escalofrío en el espíritu como el que anuncia la fiebre. Era una compleja sensación de bienestar y desasosiego que te embargaba sintiendo el «Paso» sobre tus hombros. Mirabas a la Virgen y tu emoción se enternecía con la emoción y seguridad que te llegaban para iluminarte y sonreírte desde el brillo parpadeante de su rostro suplicante.

Emoción y devoción muy firmes, difíciles de definir, cuando sujetabas fuertemente el «palote» y la horquilla como si fueran tu tabla de salvación en medio de la placidez que se había apoderado de ti, enturbiando tus ojos y llorando por dentro. Emoción y devoción que, aún, perduran.

El paso de la Soledad cierra la procesión y en el corro de Santa María termina el desfile y, con el mayor fervor, cantaremos: «Dios te salve Reina y madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra». Y termina la Salve mientras la Virgen de la Soledad es devuelta, en su soledad, a la soledad de la iglesia.

La noche de Viernes Santo todo es silencio porque, aquí en Rioseco, en la paz del claustro, oran y callan las comunidades de monjas Clarisas y Carmelitas.

Y en su silencio calla la ciudad entera aunque sea imperceptible el ritmo lento y contenido de la esperanza, que aguarda el momento feliz cuando el Domingo de Resurrección después de la Misa de Gloria, en la conjunción de la Rúa con la Calle de Santa María, la Virgen Madre se encuentre con el Hijo resucitado.

Es la Virgen de la Alegría. Cae el manto en un vuelo blanco de palomas, en un repique estremecido de campanas que invocan a la alegría y la esperanza, que ya nada puede hablar de muerte, que la vida se escapa a raudales con la luz que inunda la mañana, y se desborda por caras y sonrisas, ahora sin tapar, de los cofrades.

Y aquí termina mi «Pregón». Y, como punto final, deseo reiterar a la Junta de Cofradías mi agradecimiento por la invitación para protagonizar este acto, y a vosotros, fieles, por vuestra asistencia y por el respetuoso

silencio con que habéis acogido mis palabras.

Y a los viajeros, a los de fuera, la proclama o invitación para que ven-
gáis a Rioseco, a sus procesiones, en esta Semana Santa.

*Viajero, ven a sentir
con abril y con la rama
dolor, que la flor reclama
en lo que vienes a oír.
desde el cerne va a crujir
hasta el gromo la madera
tu flor –la que Dios empera–
le cuesta a Jesús morir.
Viajero – ven a sentir–
su muerte y tu primavera.**

Que Dios nos bendiga.

Medina de Rioseco
23 de marzo de 2002
Día de Sto. Toribio de Mogrovejo

* Poema de Francisco Pino.



Junta Local de Semana Santa

